

MIRADOR

CARACAS, HIJA DE MARGARITA

(Especial para “*CABILDO*”)

GERMAN ARCINIEGAS

CARACAS, así cumple ahora cuatrocientos años, es la más joven de las capitales de la América Española. Sesenta y seis años más vieja es Santo Domingo, La Habana, Panamá, México, Guatemala, Quito, Lima, Buenos Aires, Asunción, Bogotá, Santiago... ciudades en que la que menos le lleva veintiuno de vida a la venezolana. En cambio, Caracas es la única entre todas las capitales antiguas cuya fundación se debe a un mestizo. Francisco Fajardo, el hombre que exploró la tierra, hizo la primera fundación, trajo los hombres y las vacas, paró la primera villa y estableció el primer hato, era hijo de un español atrevido y de una cacica amorosa. Codicioso y lenguaraz, buscaba, sí, el oro como los conquistadores, pero se abría camino entre los indios hablando todas sus lenguas.

Por ser Caracas hija de Margarita –y aquí la historia nos cae de perlas– podría tener como escudo a Venus cuando aparece en su concha navegante, tal como lo inmortalizó, más que los griegos, Sandro Botticelli. Es hija de Margarita, porque el mestizo Francisco Fajardo nació en Margarita, y Margarita fue para Fajardo cuna de todas sus hazañas, el puerto de donde salió a explorar las tierras de tierra firme, la isla a donde volvió cada vez que a eso lo obligó el destino. Y Margarita, como su nombre lo indica, cuando se baña los pies en sus aguas del Caribe, lo hace entre los estuches de las perlas.

De Cortés, Quezada, Valdivia, Pizarro, Mendoza o Irala, –los que sólo llevaron desde el morrión y la frente hasta el tobillo y la espuela sangre española– a Francisco Fajardo –el hijo de una india guaiquerí descendiente

de Charaima, señor del valle de Maya— los años que pasan son los que la sangre necesita para cruzarse y darle salida a una raza nueva, a una especie distinta. El amor de Francisco Fajardo, cada vez que volvía los ojos hacia atrás, nada tenía que ver con su padre. Ese Dios sabe dónde fue a parar después de haber conquistado no precisamente las tierras de la isla sino a la india de Margarita. Para Francisco Fajardo el todo era su madre. Cuando Francisco Fajardo, por segunda vez, sale de Margarita a Tierra Firme, lo hace con un grupo de gentes como no se vio nunca antes a las historias de los fundadores de capitales en América Española; iban con él españoles de color de oliva, indios de color del cobre y mestizos de los que son como el cobre enverdecidos por las brisas salobres del mar. En todo caso, un diminuto ejército de piel tricolor, con su bandera india; Francisco iba con su madre, que aportaba cien indios guaiqueríes: sus vasallos.

En medio de todo, la historia tiene su lógica. En la expedición de Francisco Fajardo se hablaban lenguas diferentes: unos eran cristianos y otros aún estaban lejos de recitar el Credo. La presencia de la india madre abría los caminos de la paz. Viéndola tan cacica, con Francisco que conocía todas las lenguas, las poblaciones se les entregaban, como la palma que se inclina para que la Virgen pueda coger sus frutos cuando cabalga en la huida a Egipto. La presencia de los españoles puros no tuvo los mismos resultados. Don Rafael María Baralt lo explica en pocas palabras cuando compendia la historia, “Cómo contener a los españoles. Empezaron a vejar a los indígenas con todo género de más los procederes, acaso estimulados por lo mismo que debiera sujetarlos: por verlos tan apacibles y obsequiosos...” Así nació la guerra. Los indios envenenaron las aguas, los españoles los desbarataron y la madre de Francisco Fajardo perdió la vida. Fajardo tuvo algo más que su noche triste: su fecha negra. Concedió una entrevista al cacique Paisane, que acaudillaba a los rebeldes y en vez de tratarle con lealtad, le ahorcó. Cosas que naturalmente se producen cuando en vez de resolver jugando aguas azules peleando se cubre la tierra de sangre.

Una vez, en el curso de sus aventuras. Fajardo llegó a una región idílica, se acordó que se llamaba Francisco, y al valle lo llamó San Francisco, y San Francisco el lugar donde estableció su hato. En ese sitio nació Caracas. La primera fundación, la de Fajardo, fue sin escribano, ni pregones, ni desafíos. Todo, rústico, simple, campesino. Y augural. A los pocos años ahí volverían otros a parar las casas, a levantar la iglesia, a construir el cabildo y la cárcel. De Fajardo sólo hay que decir que a veces la historia se repite: es natural. Un día, en Cumaná lo invitó Alonso Cobos, justicia mayor, para que fuera a su casa. Lo recibió, lo atrapó y lo ahorcó. Los de Margarita a su turno, cayeron una noche a Cumaná, agarraron a Cobos, lo llevaron a la isla, y lo ahorcaron. Así las cosas, la perla de Caracas pasó a manos ajenas.

Fuente: Arciniegas, German (1967). Caracas, hija de Margarita. Editorial, especial para “Cabildo”. En: *Cabildo*, agosto-septiembre, 1967, órgano informativo del Concejo Municipal del Distrito Mariño, Porlamar, Estado Nueva Esparta.

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Junio de 2026